

TIEMPOS CRÍTICOS

DIOS - PATRIA - REY

Año VIII

En un lugar de la Mancha, Julio de 1950

Núm. 15

AÑADIDO A UN «PUNTO FINAL»

La resolución que se ha visto obligado a tomar el Carlismo catalán frente a las desviaciones de la Jerarquía de la Comunión Tradicionalista oficial, no es una cuestión personal, como sin benevolencia alguna se dice en cierto llamado "BOLETÍN DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA". No lo es ni lo ha sido nunca. Antes al contrario, es esto: fundamentalmente la actitud de todo un pueblo que no quiere que se esterilice la sangre de sus inertes y que ha venido consagrando sus mejores empeños en la defensa de la Causa Carlista.

No es una cuestión personal, ni siquiera una actitud tomada por motivos ligeros. Sino una decisión bien pensada, madurada en larga reflexión e impuesta por los hechos. Las personas son como son. Y no es nuestra la culpa de que las superiores Autoridades de la Comunión se hayan apartado del verdadero servicio de nuestra Causa.

Este apartamiento de las Autoridades de su misión nos impuso el que voluntariamente hubiéramos de apartarnos de las que fueron nuestras Autoridades. Con más dolor y sacrificio del que muchos puedan pensar, y con una desilusión profunda en el fondo de nuestra alma. Porque, al fin y a la postre, nosotros hemos creído de buena fe durante mucho tiempo en las personas que nos hemos visto obligados a repudiar. Con una buena fe muy superior a la de ciertas personas ahora investidas de nombramiento oficial, que nunca creyeron en alguna de ellas.

Testimonio de esta resolución lo constituye el documento elevado a S. A. R. el Príncipe don Francisco Javier de Borbón Parma en fecha 29 de noviembre pasado. En principio, no era nuestro propósito hacerlo público. Pero el punto final que otros han querido poner necesita un añadido. El añadido consistente en hacer público este documento para que queden bien claras las razones y pueda cada uno no sólo juzgar en conciencia, sino obrar con arreglo a su juicio.

Y nada más. Que Dios nos dé a todos el mayor acierto y la luz necesaria para no errar.

ALTEZA:

Desde hace tiempo venimos viendo con dolor el fundamental desvío que, a nuestro leal entender, se imprime a las cosas de nuestra Comunión Carlista, hasta el punto de abrigar el firme convencimiento de que aquel desvío se ha convertido ya en una plena desnaturalización de nuestra Causa y de sus inherentes misión histórica y peculiares actividades. Ello no lo creemos, ni lo declinamos porque si, a nuestro solo y arbitrario antojo, sin fundamento real. En nuestro escrito de 29 de mayo último, que adjunto a éste nos permitimos elevarlos, se recogen los principales fundamentos en que se asientan nuestras afirmaciones. Y no venimos, honradamente hablando, y dicho sea con los debidos respetos, que aquellas consideraciones y fundamentos puedan reargüirse fácilmente, puesto que hoy es ya de directa y personal observación que el criterio que viene informando los actos de la Jerarquía Carlista es la causa principal, junto con otras conexas secundarias, del pésimo estado a que han llegado los asuntos de nuestra Causa. Este criterio, desgraciadamente, ha traído consigo, como obligada consecuencia, dos gravísimos males, que si ahora, por así decirlo, han estallado de una manera irremediable, no por ello han dejado de venir incubándose día tras día durante años consecutivos. De una parte, una grave crisis de autoridad; de otra, una falta absoluta de actuación política. Uno y otro mal han originado un continuo apartamiento y dispersión de los núcleos carlistas respecto de la Jerarquía de la Comunión. Y no es ninguna temeridad el pensar que ha sido posible levantar tantas y tan falsas y sedicentes banderas carlistas, porque el Carlismo, del que Vos sois Regente, no tenía la suya bastante desplegada, ni con la energía, integridad y firmeza que las difíciles circunstancias patrias exigían. No es extraño, pues, que los carlistas, tan vinculados a las heroicas virtudes de la lealtad y del sacrificio, se hayan ido retirando paulatinamente a sus casas, vencidos por el peso muerto de tantas desviaciones, inercias y pasividades. Vos, experto en el mando de hombres, lo comprenderéis. Si el capitán, en circunstancias difíciles, vacila, la tropa automáticamente se dispersa. Si no combate, ni ordena combatir, fácilmente la

desmoralización cunde en sus filas. Una retirada continua no es compatible con una moral de lucha y de combate. Y algo o mucho de todo eso le pasa al Carlismo y a los carlistas. El casi unánime consentimiento del pueblo carlista es difícil que se equivoque en sus apreciaciones sobre este particular.

En efecto: Partido monárquico por excelencia, el Carlismo se halla sin Rey y sin esperanza alguna de tenerlo, puesto que condicionándose como se condiciona su designación a futuros e inciertos acontecimientos, que a mayor abundamiento no suponen ninguna situación ortodoxa, ni siquiera apetecible, es evidente que aquella solución desde un punto de vista simplemente monárquico se hace manifiestamente fortuita o aleatoria, y desde un aspecto o consideración carlista prácticamente imposible, ya que sería extremo absurdo considerar que de una situación de hecho liberal pudiera surgir de derecho un Rey carlista.

Partido excelentemente patriótico, español cien por cien, y en lo objetivo más que ningún otro, el Carlismo ve supeditada su existencia al Imperio de lo extranjero, puesto que sus objetivos y posibilidades se condicionan a su, más que posición, participación en una nueva contienda en la que a los españoles no se nos ha perdido nada y de la que tendríamos como grandísimo favor del Cielo permanecer apartados. Ello no prejuzga la posición que el Carlismo debería adoptar según la forma en que se plantearan los acontecimientos. Pero si quiere decir, resueltamente, que nuestra política no debe plantearse en función de lo extranjero o de exteriores acontecimientos.

Partido indeclinablemente confesional, defensor de la soberanía social de Cristo Rey, mantenedor integerrimo del principio de la unidad católica, contempla con estupor y espanto como se hace depender su vida y se compromete su esfuerzo y cooperación a la defensa del llamado occidentalismo, integrado nuclearmente por estados masonizantes, descreídos o ateos como Francia, o dominados por la herejía como Inglaterra y los Estados Unidos.

En una expresión: Partido antiliberal el nuestro, es en cambio conducido por unos derrotados que, aunque no se quie-

(Sigue en 4ª página)

LA LEGITIMIDAD ES DOBLE: DE ORIGEN Y DE EJERCICIO.

Y LA FALTA DE LEGITIMIDAD DE EJERCICIO ANULA LA LEGITIMIDAD DE ORIGEN.

EJEMPLO: EL CARLISMO REPUDIANDO AL LIBERALIZANTE JUAN III.

JUVENTUD ESPAÑOLA EN MONTSERRAT

Buena parte de la generación que combatió en los frentes de nuestra Cruzada ha ido acogiéndose con un rictus de amargura la actuación pública de quienes, pretendiendo encarnar su espíritu, han adulterado sus fines y su esencia misma.

Una generación desengañada contempla hoy, con demasada apatía quizá, el vergonzoso espectáculo de una situación acomodaticia que es y representa la antítesis de los ideales por los que entregaron, generosos, su vida un millón de españoles.

¿Quién habrá que se extrañe de un tal desengaño cuando los hombres endiosados lo producen siempre, cuando las ideas han sido tantas veces abandonadas, no con mucho galardón, ciertamente, al ser monopolizadas por seres infatuados que anteponen el grosero de sus intereses mezquinos a lo grande del ideal que dicen servir?

Los que fuimos a la Cruzada con espíritu de cruzados, los carlistas, hemos sido despreciados, es cierto, por los que se encaramaron sobre millares de sacrificios anónimos, pero no estamos desengañados porque fuimos a defender a la España de Cristo, y Cristo no muere sino para resucitar victorioso.

Los hombres mueren, las ideas no.

A los hombres se les fusila o encarcela, a los ideales no los mata nadie.

Sobre la materia pueden hacer fuerza los fusiles y las bayonetas, contra las ideas no valen armas ni coacciones externas.

Esta es la lección más clara de la peregrinación carlista a Montserrat.

Muchos jóvenes carlistas subieron al Santuario catalán tocados con su boina que evoca gestas de héroes y mártires.

Y allí cantaron y rezaron.

Himnos y plegarias, canciones vibrantes de esperanza. A esto subimos los que nunca nos desengañamos.

Cruzada en 1936. Cruzada en 1950. Con armas entonces. Con oraciones ahora. No hay diferencia substancial. El Carlismo ha sido siempre cruzado.

Cruzado de la España Tradicional, de la Iglesia y de Cristo Rey.

Ahora y siempre.

En nuestra sangre bullen los deseos de luchar para defender nuestra fe y nuestra Patria contra todos sus enemigos.

Sentimos la gravedad de estos tiempos heroicos, extraordinarios, ardemos en impaciencias por romper con todas las mediocridades que disfrazan este peligro.

Con la España Tradicional, con el Papa, con Jesucristo, nuestro Rey, somos cruzados.

El Carlismo combatirá de nuevo, combate ya, con espíritu de Cruzado.

Queremos ser siempre cruzados.

El Rey es para el pueblo; y no el pueblo para el Rey

Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General
CEDOC

REALIDADES

EL CARLISMO EN MONTSERRAT

Frete a un mundo que se alza contra Dios por las dos maneras de un odio terco e irreconciliable o de un desconocimiento consciente de los derechos del Creador sobre los pueblos, el Carlismo vela en Montserrat, a los pies de la Santísima Virgen, las armas de una fe católica y patriótica, realmente inquebrantable. La voz del Papa qua, desde la cumbre señera del Vaticano, exhorta sin desmayo a la oración y a la penitencia por una Humanidad que se obstina en sendas de extravío, no podía menos de hallar eco en el corazón de los que tienen a orgullo sentirse a todas horas hijos amantes de la Iglesia. La respuesta de los carlistas a la exhortación del Padre común de los fieles, fué un rosario de innumerables cuentas de bolinas rojas, que el domingo, 30 de abril del presente año, se movía, a paso de oración, camino del Vía Crucis Montserratino.

Ese gesto del Carlismo si significa para todos una profesión de religiosidad que viene a ser raíz y base de nuestra propia existencia, enclerrera para muchos una lección de confianza en Dios y en nosotros mismos, demostrativa, al mismo tiempo, de nuestra perenne vitalidad. Efectivamente, talto el Carlismo en los momentos actuales de persona que encarna físicamente la Realeza, se ha creído en su muerte, sino ya producida, próxima a sobrevenir. La presencia en Montserrat de los carlistas constituye, de por sí, un mentis rotundo y definitivo a tan pesimista y deplorable suposición.

Suposición que, por otra parte, arguye en sus valedores una ignorancia summa acerca de la naturaleza del Carlismo. El Carlismo implica, ciertamente, el principio monárquico. Pero debe precisarse cómo, si se quiere evitar en cualquier momento una concepción erránea del Carlismo.

La idea del Rey se inserta en el ámbito general de nuestro credo político, con el específico carácter de su subordinación al fin último de la España auténtica, católica y tradicional. La supervivencia de esa España, puesta en entredicho por la acción contraria de doctrinas y políticas disolventes, llámense liberalismo, republicanism o comunismo, fué el móvil que, tras de haber empujado a los carlistas de antaño a verter generosamente su sangre en tres heroicas contiendas, desbordó en nuestros días sobre los campos de la Patria el ímpetu victorioso de millares de requetés.

Mientras plugo a Dios contemplasen los cruzados de la Causa a su cabeza la figura del Rey legítimo, el Carlismo concretó en la defensa de los derechos de aquel la de los verdaderos destinos de España. Deberá renunciar hoy al legado gloriosísimo de la defensa de aquellos destinos que recibió de mano de héroes; habrá muerto, en una palabra, porque se haya eclipsado la línea dinástica en la que sintetizaba su Ideal? No.

El Carlismo no muere, en tanto no muera en el corazón de los buenos españoles el Ideal supremo de la auténtica España. Lo saben los carlistas que tengan plena conciencia de lo que supone su condición de tales. Lo predijo en su memorable Testamento Político, para el peor de los supuestos, el más grande de nuestros monarcas: Y aun así, si apuradas todas las amarguras, la dinastía legítima que os ha servido de furo providencial, estuviera llamada a extinguirse, la dinastía vuestra, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguirá jamás.

El Carlismo, personificado hoy, con la realidad de los hechos, en la dinastía de los buenos carlistas, en pie, como siempre, y enlazado sin solución de continuidad con el de ayer. He ahí, traducido en palabras, el Montserrat del Año Santo de 1950.

Pasarán los días y, presto, con ellos, se perderá en la lejanía la fecha inolvidable del 30 de abril del presente año. El colorido exacto, el perfil preciso de ese hecho o de aquella anécdota que allí tuvieron lugar, se irá, como es natural, desdibujando. Pero la impresión, que nos llenaba de íntimo regocijo al tiempo en que se iba apoderando de nosotros, de que superada una grave crisis que le puso en trance de perecer, permanecerá vivo el Carlismo en la dinastía de sus leales, según lo anunciara proféticamente el rey Carlos VII, perdurará imborrable en nuestra memoria, envuelta en el hábito de una trascendente poesía.

Si, Allí estaba de nuevo el Carlismo, el de siempre, el auténtico. Nos lo decían los cantos de los requetés, el saludo franco y cordial y la mirada en la que se confundía el entusiasmo del acto presente con la evocación de otros que despertaban en sus corazones parecidas y ya pretéritas solemnidades, de los hombres maduros, el cascabeleo de la risa y el hechizo de la femenina gracia de nuestras "margaritas". Y nos lo decían dichas cosas, más que por lo que eran en sí, por lo que en ellas transcendía de una "manera" común, esa "manera" carlista difícil de definir, acaso, pero típica e inconfundible a los ojos del experto.

Pero, sobre todo, allí estaba el Carlismo en el sentido que, aparte el de penitencia arriba nombrado, querían de común acuerdo todos los asistentes se imprimiera a su presencia en las alturas donde la Virgen Morena posa sus plantas. Era éste: reafirmar la pureza inmaculada de un Ideal que no puede morir bajo el sofoco de aires infectos.

Rechazar hoy, como en un ayer próximo lo rechazaron con el sacrificio de sus vidas y la pérdida de sus haciendas nuestros mártires, toda suerte de compromiso o ambiguo composición con la democracia liberal, masonica y materialista y con todo extranjerismo. Hacer, en fin, acto de presencia, requiriendo un puesto en vanguardia, sin cesiones de nuestro patrimonio doctrinal que empañen la nitidez de nuestras aspiraciones y enervan el vigor de nuestro brazo en el tremendo combate, no de "buenos" y "malos" de vulgar pelotita de bandidos, de Oriente y Occidente, sino entre los legítimos cruzados de Cristo y los eternos enemigos del nombre de Dios, repartidos esos últimos, no se olvide, en ambos lados del Telón de Acero.

La voz de los carlistas desde las cumbres de Montserrat ha de resonar en todos los montes y resonar en todos los valles y ciudades de las Españas como un llamamiento a todos los carlistas para que acudan a las filas del deber.

El Carlismo, dice esa voz, no muere. Hoy más que nunca tenemos que sentirnos orgullosos de nuestro pasado de gloria. Hoy más que nunca tenemos que avivar en nosotros la memoria de ese pasado para que el calor del entusiasmo recorra nuestras venas y nos estimule a mostrarnos dignos de él. Para gloria de Dios y bien de España ¡en pie, el Carlismo, en la dinastía de sus leales!

NO ES NUESTRA LA DISCIPLINA ENTENDIDA AL MODO TOTALITARIO. ¿DONDE QUEDARIA LA LIBERTAD CRISTIANA, LA MODERACION DEL PODER REAL, LAS CORTES, LOS FUEROS Y LA JURA DEL REY DE RESPETAR LAS LEYES FUNDAMENTALES ANTES DE SER PROCLAMADO SOBERANO. NUESTRA HISTORIA, NUESTRAS INSTITUCIONES, NUESTRO IDEAL Y EL SER Y EL ESPIRITU DE LA ESPAÑA TRADICIONAL?



Camino del Vía Crucis

PRELUDIO

Amanece en la Montaña Santa de Montserrat, el día 30 de abril del Año Santo de 1950, un sol espléndido que ha de iluminar los actos carlistas de aquel día memorable.

Dos años hacía que Montserrat no había visto concentrado el rojo sangre de las bolinas carlistas. Hoy vuelven a los pies de la Patrona de Cataluña para cumplir con un mandato de honor y de devoción. De honor porque los hijos han de corresponder a las gracias que abundantemente derrama sobre ellos Su Madre Celestial, a la protección que siempre, en todo tiempo, ha dispensado al Carlismo, a la promesa que sobre los campos de batalla hicieran los valientes del Tercio de Requêtes que lleva su nombre. Y mandato de devoción, que es manifestación de amor, que es oración elevada al Altísimo, necesaria, acaso hoy más que nunca, en momentos de angustia para la Causa Santa, para España y para el mundo.

En este amanecer del día 30 de abril hay de nuevo bolinas rojas en Montserrat. Y en los trenes que aquel día llegan a la Montaña Santa van subiendo carlistas, que se unan a los que llegaron el día anterior. Y todos cumplen con su obligación primera: visitar a la "Moreneta", comulgar en su Basílica y elevar al Señor sus oraciones.

REUNION

A las 11.30, dando comienzo al programa de actos previsto, los carlistas se concentran en la plaza inmediatamente anterior a la entrada del Santuario. Frente a su puerta se formó un cuadro de honor. Al lado derecho estaban las banderas del Laureado Tercio de Requêtes de Nuestra Señora de Montserrat, portada por su Laureado individual, y la del Tercio barcelonés del Santo Cristo de Lepanto. Daba escolta a las banderas una compañía uniformada de Requêtes.

A la izquierda se situó la Junta Regional Carlista, con numerosos Delegados y personalidades. Cerró el cuadro de honor la imagen del Santo Cristo, trasladada expresamente desde el Santuario de Montserrat. Comunicación General CEDOC

PEREGRINACION A MONTSERRAT

Acto de fe y de vida del Carlismo

una treintena de portantes que llevaban sobre sus túnicas "Detentes" con el Sagrado Corazón de Jesús estampado.

Y, culminándolo todo, llenando hasta los bordes la amplia plaza, el fiel pueblo carlista, hombres endurecidos en la lucha, esquetes, margaritas, pelayos, todos cubiertos con la boina roja de nuestros amores.

RECEPCION Y MISA

A poco de efectuada la concentración, salieron a recibir a los peregrinos carlistas la Escolanía montserratina y una representación de la Comunidad de monjes benedictinos, con cruz alzada. Después, todos los concurrentes penetraron en la Basílica, situándose las banderas en el presbiterio, el Crucifijo frente al Altar, y los portantes y Bequetés uniformados en el pasillo central.

Seguidamente, comenzó el Santo Sacrificio de la Misa, durante el cual un sacerdote pronunció una sentida y breve plática sobre el carácter de nuestra peregrinación.

VIA CRUCIS

Terminada la Santa Misa se cantó el himno montserratino del "Virola" y se inició, en la plaza del Monasterio, el solemne y devoto Via Crucis. Marcharon, en primer lugar, las Margaritas; seguían las banderas con su escolta, y, después, los hombres. Tras de ellos iba el Santo Cristo, llevado por sus portantes. Y cerraron la procesión la Junta Regional y los Delegados y personalidades asistentes a los actos.

El Via Crucis siguió por la Montaña Santa y por las estaciones correspondientes, que destruyeron los rojos y que hoy están señaladas con sencillas cruces de madera. Verdaderamente hermoso, a la par que edificante, resultaba el seguir aquella riada carlista en el azaguar de los caminos montañeros, orando y cantando y practicando con unción las Estaciones.

SERMON

El castigo del Via Crucis terminó ante la Ermita de la Soledad de María, en cuya explanada se reunieron los carlistas. Una vez hecha la adoración a las Cinco Llagas, un Padre dominico pronunció una elocuente oración sagrada, resaltando la trascendencia del acto, la misión del Carlismo frente a las fuerzas del mal, comunismo y liberalismo, que hoy se disputan el dominio del mundo, acudiendo con palabras que enervaron aún más a los concurrentes y reafirmaron la fe carlista en el Ideal Eucarístico que lleva en sí mismo, por su fidelidad a Dios, a la España tradicional y a los principios políticos y sociales de la



La Comunidad recibe a los peregrinos carlistas

Iglesia, germen de salvación, no sólo para España, sino también para el mundo.

EPILOGO

En el regreso, las Margaritas, como recordatorios de los actos, distribuyeron emblemas con la flor símbolo de su Asociación, que tanto dice y tan gratos recuerdos tiene para todos los carlistas.

Por la tarde, la Junta Regional, Delegados y personalidades, cumplieron al P. Abad del Monasterio, siendo recibidos con la simpatía y cariño de costumbre.

Los actos culminaron con el Canto de una Salve de despedida en el Santuario y ante la imagen de la Virgen de Montserrat.



Adoración a las Cinco Llagas

Añadido a un «Punto final»

(Viene de la 1.ª página)

ra en la intención, conducen de hecho y fatalmente al triunfo del Liberalismo y de la Impiedad, aunque disfrazados con los nombres equívocos de occidentalismo y democracia.

Y no se crea que ello es simplemente imaginación nuestra. Las palabras del Jefe Delegado, en carta escrita desde Sevilla, a 5 de octubre de 1948, son claras y expresas: "A mi juicio el momento actual no permite resquebrajo alguno por donde tener esperanzas en nuestro triunfo como partido hasta que la guerra cierre el período gravísimo, erróneo, de nuestra post-guerra, y restaurar en España los principios del 18 de julio. Si la guerra termina, como puede esperarse, con la victoria norteamericana... tampoco podrá instaurarse en España régimen alguno que la ponga en peligro de un nuevo 18 de julio... Si la guerra con Rusia no llega a estallar, el porvenir de España se dibuja aún a más largo plazo, porque no se ve otro desembocadero que en la Revolución, de la que tendrá la Comunión que ser la salvadora... Por tanto, hay que asegurar nuestros principios, mantener nuestros cuadros, disponernos a concurrir como impone nuestro deber a la nueva espantosa guerra que en las consecuencias de la misma, que han de ser descomunadamente distintas de las de la guerra de España, sean nuestras escenas y soluciones las que se impongan. Hay que preparar el triunfo de las ideas y el triunfo de nuestra Comunión. Y este se considera mejor bajo el Príncipe Regente, cuya personalidad es la más relevante de todas las Osmas Reales católicas, que al se trata de meros derechos personales, que ni el mundo ni los españoles tienen en consideración en la vida corriente y mucho menos los estimarán después de guerra tan espantosa." A mayor abundamiento es de señalar que a la defensa de esta tesis viene dedicado un dilatado estudio de don Melchor Ferrer, directo y personal colaborador de don Manuel Fal Conde, fechado a 17 del mismo mes de octubre antes citado, el cual, podríamos decir, constituye una exposición sistemática de las ideas sostenidas por el señor Jefe Delegado en su versión epistolar.

Más éste, a nuestro entender, tortuoso y errático camino que viene siendo impuesto al Carlismo, con pena lo decimos pero honradamente no podemos silenciarlo, no solamente ha venido siendo impuesto de hecho, sino que Vos mismo lo habéis aceptado o impuesto. Vuestras cartas de 23 de abril del pasado año dirigidas a un grupo de carlistas catalanes; de 28 de mayo a uno de los mismos; de 17 de julio del año actual a don José María Cunill, y de 25 de los mismos mes y año a los sacerdotes navarros, confirman Vuestra plena y total adhesión a aquel criterio que, como ya tenemos declarado, no tan sólo consideramos fatal para el Carlismo, mas también e irremediablemente verdadera causa de su muerte y perdición. En esas comunicaciones, entre otras de manera clara y sincera se expresa con reiteración ese criterio. Así puede leerse en ellas: "El mundo está en espera del choque inevitable entre Oriente y Occidente en el cual España tendrá que cumplir un papel preponderante... Aquí está nuestra misión espiritual y probablemente de luchas armadas... El Rey no puede ser designado, ni llegar al Poder, que cuando el asunto rojo-oriental será deshecho y que tendremos un Gobierno honrado, activo y capaz, con el cual colaboraremos útilmente y llenamente" (carta de V. A. fechada en Lignères a 23 de abril de 1948). La transparencia del texto y del pensamiento que refleja, en plena concordancia con los antes transcritos de don Manuel Fal Conde y su directo colaborador don Melchor Ferrer, ilustra y corrobora nuestros temores, y excusa todo nuevo comentario sobre este particular.

Ahora bien; el Carlismo no es simplemente una Dinastía, ni una Legitimidad de sangre o nombramiento, aunque ello importe mucho y sea casi fundamental para su constitución y funcionamiento como cuerpo político. Sino un compuesto de aquellos elementos y de un espíritu y doctrina política, substancia de



En Montserrat, saliendo de la Basílica

España, a los que Dinastía y pueblo vienen obligados a servir, ya que, para expresarlo de alguna manera, no se hizo el Carlismo para el servicio de ninguna Dinastía, sino que la Dinastía Legítima se adscribió a la defensa de los principios de los que luego se concretaría con el nombre de Carlismo.

Si falla la Dinastía pone al Carlismo, como cuerpo y compuesto político, en trance de muerte, del que el pueblo carlista tiene el deber de defenderle empleando para ello todas sus fuerzas.

Y en esto nos hallamos ahora precisamente, la Jerarquía, el principio de Autoridad que Vos representáis por Vuestra legitimidad de origen, de hecho, salvadas las intenciones que no podemos ni debemos discriminar, no están, a nuestro juicio, al servicio de la Causa Carlista. Es más: la están conduciendo, aunque sea involuntariamente, a su absoluta ruina y perdición. A una ruina y perdición, entendemos, sin gloria y sin honor, puesto que el acabar como simples vanguardistas del anticomunismo unidos del brazo al mundo liberal, queda demasiado lejos de aquellas empresas y gestas, con espíritu de auténtica cruzada, que constituyen el nervio y razón de ser de toda la historia del Carlismo.

Planteadas así las cosas, lógicamente nos hallamos en la necesidad de escoger. La lealtad y la disciplina implícitas, es cierto, unos graves deberes de obediencia y acatamiento. Cuando la Jerarquía es leal a la Causa, en lo que ésta realmente es, no existe problema de ninguna clase. La lealtad es indivisible, y sirve por un igual a la Autoridad y a la doctrina, a la Realidad y a los principios. El problema surge cuando uno es el camino que sigue y señala la Jerarquía y otro el que, en materia fundamental, no accede o puramente opinable, regulieren las necesidades de la Causa. La lealtad es también en este caso indivisible: la fidelidad debida a los principios, cuando el caso llega, obliga a negar la obediencia a las personas. Para ello, puede creerlo Vuestra Alteza, es imprescindible violentarse el corazón, dejar que sangre por la herida viva de la desilusión y del desengaño. Porque las ilusiones que más duelen y más hacen sangrar son las que con mayor intensidad se amaron, aquellas por las que se habría sacrificado la misma vida, como por Vuestra Persona, en calidad de Regente de España y de la Comunión, la han expuesto algunos de los firmantes y la habrían ofrecido todos si hubiere sido menester.

Todo lo expuesto, aunque con profunda pena y dolor, con el sufrimiento del que se derramaba la causa de sus mayores, nos mueve y obliga a dirigir a V. A. la siguiente declaración:

Primero. Nos afirmamos y ratificamos en el contenido de nuestra escrito a los carlistas, de fecha 29 de mayo último, en lo que el mismo tiene de exposición de motivos respecto al criterio

que viene orientando y presidiendo la vida del Carlismo.

Segundo. Nos consideramos en situación próxima, aunque en realidad más peligrosa, a la prevista por nuestro gran Rey, Carlos VII, en su Testamento Político, al decir: "...a apuradas todas las amarguras, la Dinastía legítima que os ha servido de faro providencial estuviera llamada a extinguirse, la Dinastía vuestra, la dinastía de mis admirables Carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguiría jamás. Vosotros podéis salvar a la Patria, como la salvasteis con el Rey a la cabeza de las banderas mahomanas, y huérfanos de monarca de las huestes napoleónicas."

Tercero. Nos declaramos, en su consecuencia, voluntariamente separados de la disciplina de la Comunión Tradicionalista oficial, y Os rogamos nos tenáis por relevados de la obediencia o lealtad ofrecida y hasta aquí prestada a Vuestra Persona como Regente de la Comunión, si que modestamente con el mayor desinterés y buen espíritu.

Cuarto. Hacemos expresa reserva de nuestro derecho de servir a la Causa en el modo y forma que más nos consideremos obligados en conciencia y de contribuir al mantenimiento de los carlistas fieles y unidos en torno al verdadero Carlismo.

Quinto. Expresamente, hacemos constar la íntima alegría y más plena satisfacción con que veríamos la reincorporación de Vuestra Persona, en la que indiscutiblemente concurre la legitimidad de origen, a un efectivo, firme y auténtico servicio de nuestra Causa, conforme a las prescripciones señaladas por S. M. C. don Alfonso Carlos de Borbón en su Decreto de Institución de la Regencia y carta aclaratoria del mismo.

Dignaos, Alteza, recibir esta exposición y declaración, junto con el dossier de documentos que las acompaña, que, si bien con pena y dolor, nos hemos creído y creemos en el deber de elevaros.

A los pies de V. A. R.
Barcelona, a veinte de noviembre de mil novecientos cuarenta y nueve.

Rafael Barba Pujol; Ramón Boqué Dalmau; Ramón Codina Reig; José Cruells Oller; José María Cunill Postius; Francisco Domingo Manjoan; Estanislao Feliu Oller; Manuel Ferrán Aluja; José María Fondevila Rafart; Nazario Grol Casellas; Enrique Gramada Casals; Juan Guinovart Escaró; Silvestre Ibáñez Ferrer; Basilio Inchausti Zugaza-Alcázar, Vda. de Vidal; Miguel Marcet Cabasa; Antonio Oliveres Nou; José María Pané Miró; José María Rosell Calbó; Antonio M. de Sasvedra de Llanza, Conde de Alcudia; Antonio Seannell Aparicio; Matricio de Elvarte de Bobadilla; José de Surtá.